

gún la Guardia Urbana— asistieron a la exhibición de la Font Màgica y después subieron hasta el Estadio, donde el pebetero ardió justo a medianoche.

Enric Truñó, dijo ayer que inicialmente se había pensado encender de nuevo el pebetero con el disparo de una flecha, como hizo en la ceremonia inaugural

de autos que cubrirá el trayecto desde la plaza de Espanya.

El jefe de la Policía de Barcelona, Enrique de Federico, reveló ayer a la cadena SER que se

unos minutos se revisó todo y se comprobó que la información era incorrecta”, dijo.

Más información en el suplemento *Barcelona 93*

unos intereses identificables y reconocibles. Hoy, en cambio, esa base social si no ha desaparecido se ha dispersado y ha perdido identidad productiva, industrial. Algunos apuntes de las memorias de Manuel Ortínez, *Una vida entre burgueses*, no tienen en este sentido desperdicio y apuntan a algunos de los problemas de la burguesía catalana actual de un modo tan certero que habrá sido, sin duda, mal recibido.

Y esa misma realidad se filtra a la esfera política. Unos podían fácilmente desertar, desde su internacionalización, de su catalanismo y otros han perdido peso en el conjunto. De ahí que las vacilaciones de CiU traduzcan unas ideas bruscas en las formas, deliciosamente políglotas, exquisitamente cosmopolitas en su proyección europea liberal, aliñadas con algunas recetas aceptables de política económica, pero con ribetes montañeses, casi carlistas, en muchas realidades hacia adentro.

Ese catalanismo de tentaciones fundamentalistas no resuelve con sus contenidos, propuestas y actitudes, a menudo muy intransigentes, los problemas de la sociedad catalana actual.

Lo cierto es que no hay recetas mágicas. Pero sería bueno que entre todos avanzáramos propuestas de un catalanismo progresista, plural, auténticamente interclasista, abierto, creativo, imaginativo, federal, europeo.

Joaquim Nadal Ferreras, socialista, es alcalde de Gerona.

## LA CRÓNICA

# Ópera y aritmética

ARCADI ESPADA

— ¿Por qué ha dejado de ser ministro?

— Por la aritmética.

Jordi Solé Tura: de vuelta a su ático de siempre, en Sarrià. Apenas noventa metros cuadrados y ese horizonte secreto, insólito, que tienen algunas casas del barrio apaciguado: toda la ciudad, hasta el mar, desde la terraza. Por la aritmética. Así se lo dijo Felipe González, incómodo como siempre, terminante como siempre, en los primeros minutos de una conversación que se llevó casi dos horas. La aritmética que obligaba a un cupo de mujeres y otro de independientes en el nuevo Gobierno socialista: eso acabó con el ministro, pero el ex parece aceptarlo con la naturalidad del que ha vivido en política infinidad de decisiones irreversibles. Solé Tura es un político, especie infrecuente.

En el ático, colgados de las paredes, casi a la vista pública, una colección de versillos personales, entrañables. Cuando su mujer cumple años, los espera. Los de diciembre del 91 son formidables: la pareja acababa de llegar de la Scala de Milán, de la inauguración de la temporada: pompa y tronio. El poeta, con mucha gracia, describe a su mujer en semejante perversión de

princesas y magnates y acaba convocándola con sólido afán concreto hacia otra perversión doméstica y privada. Ha sabido reírse de sí y de su circunstancia el ministro de los zapatos rojos. ¿Hablamos del Gobierno?

— Había dos posibilidades: un Gabinete de renovación, joven y con fuerza. U otra: un Gobierno de pesos pesados, que pudiera afrontar con garantía política los tiempos durísimos que se avecinan. Yo hubiera preferido esto último. Pero yo no soy nadie.

La soledad de Felipe le parece al que fue ministro una necesidad. Una imperiosa necesidad que no debería prolongarse.

— Está muy solo. Es un hombre de otra dimensión y eso suele comportar soledad. Pero debería ser un estado transitorio, de urgencia. Felipe es muy consciente de ello. Una de sus máximas preocupaciones. Ya veremos si sabrá salirse.

De dos cosas se siente orgulloso en la hora incolora del balance: la relación con las autonomías y la proyección cultural de España en Iberoamérica. Todo ello, por encima de la Thyssen y otros relumbrones. Barcelona, las infraestructuras culturales de Barcelona, son, sin embargo, una espina clavada.

— Nunca, se lo aseguro, nunca, en ninguna otra ciudad de España he visto un caos de proyectos, una incertidumbre tan inexplicable, unas polémicas tan absurdas como en Barcelona. Nadie puede decir que no hayamos invertido aquí muchísimo dinero. Pero a veces he tenido la sensación de que ese dinero iba a parar a un pozo sin fondo.

Todo ex tiene perspectivas, y suelen ser secretas. Este verano, entre las memorias de Bryce Echenique, las de Manuel Ortínez y las cordilleras del Mont Blanc, Jordi Solé Tura anudará un proyecto político, que todavía ha de

concretarse. Como diputado y como militante del PSC quisiera participar a fondo en una etapa política que considera abierta y apasionante.

— El socialismo ha practicado hasta ahora una política ilustrada y su comfortable mayoría absoluta le eximía, de alguna manera, de rendir cuentas al pueblo. Ahora habrá de darlas.

Su partido afrontará, dentro de poco, en Cataluña dos congresos decisivos. En uno fijará el radio de la ambición renovadora; en el otro quizá deba plantearse a fondo el problema del liderazgo.

— Es cierto, no hay liderazgo. Y debemos afrontar este asunto cuanto antes. Los partidos, el PSOE mismo, tienden a identificar el liderazgo social con el liderazgo orgánico. Tal vez es el camino. Aunque tampoco me sentiría extraño con un candidato a la Generalitat que no fuera secretario general del partido. Habrá que hablarlo.

Este hombre escribía óperas durante las largas reuniones del comité central del PSUC. Quizá la política no haya acabado de perdonarle ese talante. Pero la condición de ex se atribuye, exactamente, a los que han conseguido ser algo.